

biológicos, que desde que el hombre está representado por la mancha germinativa hasta haber adquirido la forma que ha de conservar, adopta sucesivamente y de una manera transitoria, la que es definitiva para animales á él inferiores.

En nada se diferencia el óvulo humano del de los demás animales, y en los primeros tiempos del trabajo evolutivo imposible sería aun para el más familiarizado con esa clase de estudios, el distinguir el embrión humano, de cualquier otro embrión.

A medida que progresa en su desarrollo el germen humano, vá adquiriendo nuevos órganos, similares á los de animales sucesivamente superiores, llegando por último á la perfección que le es propia.

Lo mismo que en el hombre pasa en los demás animales, es decir que todos atraviesan en sus metamorfosis embrionarias las formas de órdenes inferiores, antes de llegar á su propia forma.

Esto parece indicar que un solo y mismo plan es el que preside á la formación de todos los seres.

Mientras de los llamados irracionales se trata, todos están contestes en afirmar que lo que distingue á unos animales de otros, es solo diferencias en grado de tal ó cual aparato, órgano ó detalle de órgano, más divídense los pareceres cuando se quiere hacer extensiva al hombre esta aplicación, pues mientras quieren unos que sea el hombre un animal más ó menos perfeccionado, pretenden otros que se diferencia de todos ellos por esencialísimos atributos que le hacen acreedor á figurar en un reino aparte.

Los primeros dan por progenitor al hombre, directamente un mono antropomorfo de una raza ya estinguida, é indirectamente al primer animal que tuvo al mundo por morada y que debió pertenecer á un orden muy inferior. Los segundos lo hacen brotar ya perfecto al divino soplo de la potencia creadora.

No ha de ser el peso de nuestra opinión el que incline la balanza, y por lo mismo nos abstenemos de manifestarla. No es tampoco la teoría de Darwin lo que nos proponemos defender, ni combatir, ni menos discutir; intentamos saber si es más honroso y digno ennoblecer con nuestra perfección á nuestros abuelos ó creernos por su origen ennoblecidos. Es solo nuestro propósito entrar en cierto orden de consideraciones resultantes de lo que hasta aquí hemos espuesto, dejando al buen criterio y sana razón de nuestros lectores el sacar las consecuencias que crean legítimas y oportunas.

Si en cualquier período de la evolución se suspendiese por cualquier causa el desarrollo de algún órgano, aparato ó grupos de aparatos y esta suspensión y la causa que la motiva fuesen compatibles con la vida, y si los órganos que no se han

desarrollado ó lo han hecho incompletamente, fuesen los que nos sirven para hacer la distinción entre el orden, género, especie ó variedad de la escala animal, tendríamos que el hijo no pertenecería á la variedad, especie, género ú orden de los padres, pues que carecería de los caracteres que á ellos distingue.

Supongamos que se trata del hombre y que por una de estas causas, hasta el presente desconocidas, se perturba en parte y en parte se suspende el trabajo evolutivo, y que en vez de desarrollarse la mano con los dedos libres y el pulgar oponible, haya carencia de este y los demás permanezcan unidos con una membrana, que el hueso *coccis* continúe creciendo hasta tomar las apariencias de una cola, cuyo rudimento en verdad representa, que permanezcan los ojos inclinados, que se prolonguen las mandíbulas y lleguen á faltar los caninos, que quede la nariz aplastada, que se cubra de vello el cuerpo, y que por último, el cerebro en vez de alcanzar su grande volúmen, su riqueza en sustancia gris y las múltiples, profundas y sinuosas circunvoluciones de que ordinariamente está dotado, por efecto de la suspensión de que hablado hemos, quede semiatrofiado, esté casi desprovisto de sustancia gris y presente una superficie poco menos que lisa, y que á consecuencia de ese estado imperfecto del cerebro resultare como resultará, que no se encuentre en el individuo el más leve asomo de inteligencia, que sea incapaz de articular una palabra, que no dé señal alguna de memoria, que no sepa manifestar ni atender á sus necesidades, que no tenga en fin ninguno de los atributos con que se diferencia el hombre de los demás seres; cuando esto suceda, preguntamos ¿en qué ley, en qué base, en qué fundamento, en qué raciocinio nos apoyaremos para considerar á este sér, superior á los demás animales y digno por consiguiente de formar reino aparte y apellidarle pomposamente *homo sapiens*?

Se nos objetará, lo sabemos, que nunca tiene lugar un tan completo trastorno como el de que acabamos de hablar, más aun que así sea, queda el argumento en pié, pues nadie podrá negarnos que si no encontramos tantas faltas reunidas en un solo individuo, tenemos todos los días ocasión de observarlas repartidas en sujetos diferentes, lo que no sucedería seguramente si algo tuviera de esencial.

J. SALVAT.

HIPÓTESIS

Si 'l cor fos com una imatge
Tancada dins d' un cristall,

Com que molts lo tenen negre,
 En poch s' hi veurí clar ;
 Y si ab una urna de vidre
 Portessim lo seny guardat,
 Tampoch veuriam grans cosas :
 Pus ; molts tenen buit lo cap !

ISIDORO FRIAS.

SOBRE UNA BIBLIOTECA DE CIENCIA ESPAÑOLA

I

UNA de las necesidades más vivamente sentidas por todos los que siguen de cerca el movimiento intelectual moderno en España, y por cuya realización han batallado valerosamente distinguidos escritores, en quienes corren parejas el más acendrado amor patrio y el noble culto de la ciencia, es la de restaurar entre nosotros la tradición científica española, por medio del estudio asiduo de las obras de nuestros grandes pensadores. Y que esta empero es, hoy día, una de las más árduas, beneméritas y oportunas que pueden llevarse á cabo en España, se echa de ver, si se considera el exagerado amor que profesamos á todo lo que nos viene de allende los Pirineos, causa primaria del desvío y hasta desprecio, con que miramos lo mucho bueno y castizo que en nuestro suelo tenemos. Verdad es que la ciencia no tiene fronteras, y no es patrimonio exclusivo de un siglo ni de una nación determinados; pero no por eso hemos de desconocer, que cada pueblo, cada época y aun cada individuo tienen su carácter particular, que, cual sello indeleble, imprimen en las varias, múltiples y espontáneas manifestaciones de su genio. De no ser así, sería forzoso admitir que el mundo entero piensa por medio de un solo cerebro y trabaja con una sola mano.

Esto supuesto, si queremos que España recobre la independencia intelectual que disfrutó en tiempos mejores, cuando éramos árbitros del mundo é íbamos á la vanguardia de las naciones, en religión y cultura, en armas y en política, en artes é industrias, en letras y en ciencias, urge, de todo punto, despertar en nosotros el amortiguado amor patrio y la fé y la sabiduría de nuestros mayores, haciendo revivir nuestro espíritu nacional, hoy casi dormido, ya que tan abatidos estamos marchando á remolque de los demás pueblos. Urge también dar á España el lugar que le corresponde en la historia de la ciencia, ante los extranjeros que desconocen nuestras glorias, y ante muchos españoles, nacidos en España sin duda por equivocación, y que ya sea por

ignorancia, ó porque crean así darse tono, las niegan ó vilipendian, como si no fueran ellos los primeros interesados en enaltecerlas; y creen, á puño cerrado y con una candidez sin igual, que en esta tierra estábamos poco menos que á oscuras, hasta que algunos rayos de la ciencia moderna, salvando los Pirineos, vinieron á sacarnos de las tinieblas en que yacíamos sumidos, por obra y gracia de la Inquisición y de la *intransigencia clerical*.

Preciso es, pues, que estos señores sepan, que España ha sido en todos tiempos y sobre todo en aquellos siglos, por ellos tan motejados, una de las naciones donde han florecido con más vigor y lozanía las letras y las ciencias; y que los españoles, si deseamos colocarnos á la altura en que están otros pueblos respecto ó cultura intelectual, no necesitamos ir al extranjero á mendigar doctrinas exóticas, sino que nos basta volver los ojos á los grandes maestros que brillaron con vivísimo esplendor en todo linaje de disciplinas, en unos tiempos en que la íntima alianza que entre el Catolicismo y el ingenio español existía, no fué obstáculo para que éste se mostrara único en teología y mística, incomparable en literatura, de primer orden en filosofía y ciencias sociales, y no á la zaga de los demás pueblos en lo que á ciencias médicas, físicas y naturales se refiere.

Y á este propósito, bueno será hacer notar aquí, que uno de los caracteres más salientes y distintivos de la ciencia española, y que forma, por decirlo así, su espíritu, informándole en sus varias manifestaciones, es su conformidad con el Catolicismo, que cual savia vivificadora la nutre y vigoriza, haciéndola producir ubérrimos y sazonados frutos. El genio español es tan católico, (no sabemos si por naturaleza ó por gracia de Dios), que afortunadamente, las palabras católicas y español han venido á ser casi sinónimas en nuestra lengua y con dificultad se encontrarán en la historia intelectual de España, una docena de escritores de talla verdaderamente científicos, que no hayan sido, á la vez, profundamente católicos. Nuestra nación, á diferencia de otros países, puede vanagloriarse de que casi todos sus hombres de ciencia han sido, al mismo tiempo, hombres de fé; y tanto es así, que si algunos se han apartado de las vías católicas, lo han hecho con tan poca chispa, con tan mala suerte y dando tantos tumbos y tropezones, que al fin han venido á caer en los abismos del olvido, llevando tras sí las risas y el desprecio de los doctos y la execración de los buenos españoles. Si esceptuamos á Prisciliano, Arnaldo de Vilanova, los Valdés, al insigne Miguel Servet, (achicharrado en Ginebra por el *tolerante* Calvino), y otros pocos más, ¿donde están nuestros sabios hetero-